



## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 16 (2010)

### *EL OBSERVADOR POLÍTICO Y MILITAR DE ESPAÑA.* UN PERIÓDICO PARA LA REGENERACIÓN (1809-1810)

Vicente LEÓN NAVARRO  
(Universidad de Valencia)

*Recibido: 14-05-2010 / Revisado: 15-07-2010*

*Aceptado: 16-07-2010 / Publicado: 22-12-2010*

RESUMEN: *El Observador Político y Militar de España*, salía de las prensas valencianas de Miguel Domingo el 1 de julio de 1809. Sus dieciocho números aparecían quincenalmente, manteniendo una misma línea editorial. Ni antiliberal ni contrarrevolucionario, como patriota y defensor de Fernando VII, como era habitual, defendió la regeneración de España, su unidad y un sistema político acorde con los tiempos y al ser de los españoles. Las dificultades de la guerra le llevaron rebajar sus contenidos y a cambiar el título por *El Observador Moral, Político y Militar de la Corona de Aragón*.

PALABRAS CLAVE: Regeneración, Fernando VII, Napoleón, patriota, antiliberal.

*EL OBSERVADOR POLÍTICO Y MILITAR DE ESPAÑA. A JOURNAL FOR THE SOCIAL AND POLITICAL REGENERATION (1809-1810).*

ABSTRACT: *El Observador Político y Militar de España* came out of the Valencian press of Miguel Domingo on the 1<sup>st</sup> of July 1809. Its eighteen issues appeared fortnightly, always keeping the same publishing editorial line. It was not antiliberal nor counterrevolutionary. As a patriot and defender of Ferdinand VII, as it was the rule, defended Spain's regeneration, its unity and a political system appropriate to the times and being of the Spaniards. The problems of the war led the newspaper to cut its content off and change its name to *El Observador Moral, Político y Militar de la Corona de Aragón*.

KEYWORDS: Regeneration, Ferdinand VII, Napoleon, patriot, antiliberal.

## I. EL PROSPECTO PARA UN NUEVO PERIÓDICO

El día 1 de julio de 1809 salía de las prensas valencianas de Miguel Domingo el número 1 de *El Observador Político y Militar de España*.<sup>1</sup> El *Prospecto*, que aparecía con este primer número, y también en hoja aparte, exponía la línea trazada por sus responsables. Empezaba con unas reflexiones sobre el despotismo pasado y sobre la situación presente en que, de nuevo, España era objeto de una nueva tiranía, la de Napoleón que había esclavizado a Francia y a toda Europa. España, heredera de un pasado glorioso, se presentaba como la esperanza de los pueblos del continente, capaz de hacer temblar al poderoso Emperador: «Gemía en el seno de la fidelidad baxo la enorme losa del despotismo; mas conservaba hermoso aquel augusto carácter, que en tiempos más justos y felices la hicieron el primero de los pueblos». Idea que recogía la prensa en general. El diarista quería ensalzar a los españoles criticados y despreciados por quienes se sentían representantes de las luces europeas. Los españoles, en su opinión, no eran esos africanos atrasados y alejados de los pueblos llamados ilustrados con que los franceses, especialmente, los despreciaban ya desde el siglo XVII. «Toca al Historiador imparcial —escribía— unir al siglo de Cortés y Carlos V el siglo memorable de Fernando y representar el carácter español según es, tan grande en el día como fue en tiempos pasados». Era la visión particular del diarista. El periódico salía a la luz dispuesto a proporcionar todos los materiales necesarios para «reunir sucesivamente en un punto de vista los varios hechos políticos y militares» que pudieran acontecer durante aquella Guerra de Independencia.

Su aparición quincenal se justificaba en la necesidad de trabajar con sosiego, averiguar y contrastar la veracidad de los hechos, evitando cometer el error de otros, como la prensa diaria, que publicaban las noticias sin la serena reflexión para verificar su exactitud. De esta forma confundían, en ocasiones, a la opinión pública.<sup>2</sup>

*El Observador* aparecía en un volumen en octavo, manteniendo la misma composición en sus números a lo largo de su corta vida. Empezaba con un discurso político sobre la situación española y europea. Seguía una relación de los sucesos más interesantes, tanto internos como externos, insertando las órdenes de la Junta Suprema del Reino, así como los principales escritos que salgan a la luz. Y finalizaba con una breve exhortación patriótica, acomodada a las circunstancias.

El *Prospecto* invitaba, en hoja aparte, a suscribirse, asunto al que no aludía el que encabezaba el número 1. La librería de Miguel Domingo se encargaba de recibir las suscripciones de los valencianos con un coste anual de 48 reales y de 24 si se trataba de un semestre. En Sevilla lo hacía la de Hidalgo, en Cádiz la de Murguía, en Murcia la de Bendito, en Tarragona la imprenta del Diario y en Teruel la Administración de Correos. En el número 11 aparecía también la de Polo en Granada.

2. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE *EL OBSERVADOR*

Gómez Ímaz (2008: 222) habla en su estudio sólo de los doce primeros números de este periódico. No encontró más. Nuestra búsqueda ha sido más fructífera y hemos visto dieciocho. El último sin fecha, aunque teniendo en cuenta la del XVII, 1 de marzo de 1810, pensamos que la del XVIII correspondería al 15 del mismo mes. Éste incluye al final un *Aviso* para comunicar a los lectores que cesaba la publicación del periódico por no poder

<sup>1</sup> Las noticias sobre las imprentas valencianas de principios del siglo XIX son escasas. Véase Serrano Morales (2000: 122-123).

<sup>2</sup> Aparte de ser un hecho verificable, es posible que tuviera en cuenta la nota publicada por la *Gazeta de Valencia* sobre sus fuentes y su utilización, aunque, decía, garantizaba su credibilidad (13-1-1809).

seguir el plan propuesto inicialmente al fallar la comunicación con los países extranjeros y con las mismas provincias españolas. Su lugar lo ocuparía el más modesto *Observador Moral, Político y Militar de la Corona de Aragón*.<sup>3</sup> Cambiaba la cabecera, pero mantenía la línea ideológica.

Creemos que no aciertan del todo Gómez Ímaz (2008: 222), al calificarlo de anti-liberal, y Miguel Artola, de adoptar «posiciones antirrevolucionarias» (1975, vol. I: 285). Ciertamente, el periódico no era liberal ni revolucionario en un sentido moderno, como tampoco lo era la prensa del momento en general, excepto parte de la gaditana.<sup>4</sup> Pero no significa que fuera antiliberal ni antirrevolucionario, conceptos controvertidos en la segunda mitad de 1808 y 1809, no obstante haber evolucionado, cambiado y madurado el lenguaje político desde los inicios de la guerra de forma extraordinaria. Bastaría recordar la figura de Joaquín Lorenzo Villanueva, ejemplo para muchos de hombre liberal y, sin embargo tan atado al Antiguo Régimen y a la religión, tratando de aclarar sus posiciones teológicas entre san Agustín y santo Tomás.<sup>5</sup> Tengamos presente su *Catecismo de Estado* de 1793, la *Instrucción popular en forma de catecismo* de 1809 y las *Angélicas fuentes* de 1810. Escritos que nos permiten evaluar su evolución político-religiosa y los cambios que se producen en el lenguaje político. No resulta fácil juzgar comportamientos y encuadrar posiciones ideológicas en unos tiempos harto azarosos, cuyos presupuestos y categorías resultan complejos.

En 1809, cuando se publicaba *El Observador*, Villanueva escribía: «Nuestra amada libertad consiste primero en conservar invariablemente el sagrado depósito de nuestra religión; lo segundo en no ser esclavos ni súbditos de este pérfido usurpador; lo tercero en mantener nuestra Constitución, nuestra sabia legislación y nuestras venerables costumbres» (20). Como se podrá apreciar a lo largo de este trabajo, las ideas que aparecen en el periódico que nos ocupa no difieren de la de Villanueva. Para ambos la religión aparece como el vínculo de unión social más importante, como defendieron tantos y tantos eclesiásticos y laicos ilustrados y liberales. Villanueva describe su comportamiento en aquellas Cortes gaditanas en *Mi viaje a las Cortes*, convirtiendo la religión con sus símbolos en el fundamento de la actividad política. Y no era para menos. Dios debía iluminar a los diputados para aquella magna empresa constitucional que tenían entre manos. La idea de la religión predominante es general, tanto que quedará recogida en la Constitución de 1812. Conviene, pues, reflexionar sobre los cambios que, de forma rápida, se suceden en estos años y la capacidad de muchos, cogidos con el paso cambiado, para adaptarse de una u otra forma a ellos, de asimilarlos y de aceptarlos, intentando armonizar el presente con su pasado. Creemos que los conflictos personales fueron muchos e intensos, como no podía ser menos en tiempos de crisis.

Teniendo en cuenta estos aspectos, se puede apreciar que *El Observador* nada entre las aguas revueltas del pasado y del presente con la vista puesta en el futuro inmediato.

<sup>3</sup> El periódico se reducía a las provincias de la Corona de Aragón, a la que ya la anterior publicación le prestaba gran atención. Conocemos diez números, el primero del 31 de mayo y el último del 10 de julio. Es posible que influyera el traslado del impresor a Palma de Mallorca. Fue efímero. Salía cada jueves con una media de doce páginas. Su fin se mantenía, como en *El Observador político*, en lo tocante a la moral y a la política, por tanto trataba «quanto conduzca al bien político, moral y militar del Estado, a fin de ilustrar y fixar la opinión, único baluarte de nuestra libertad y de nuestra prosperidad futura». El precio semestral de la suscripción ascendía a 18 reales para los de Valencia y a 36 para los de fuera que corrían con el gasto del porte. El número 8 apareció como «Suplemento de los números 5, 6 y 7». El 4 incluía una «Reflexiones sobre el sermón de fray Miguel de Santander predicado en Zaragoza» el 17 de mayo y concluía en el 8. Lo descalificaba por afrancesado, ministro infiel, traidor y obispo desertor.

<sup>4</sup> Puede verse Sánchez Hita (2008).

<sup>5</sup> Consúltense al respecto León Navarro, Vicente (2007 y 2010). Para una comprensión de Joaquín Lorenzo Villanueva ver los trabajos de Germán Ramírez Aledón.

Vive y defiende una sociedad religiosa guiada por la Iglesia católica, única verdadera, a cuya cabeza está el papa con todo el clero. Pero lejos de defender una religión tradicional, apuesta por las reformas, por esa religión enemiga de la superstición y del fanatismo, en la línea de ilustrados y liberales. Aboga por la Iglesia reformada y por el compromiso de los cristianos en una sociedad religiosa y civil. No faltan ejemplos a estas alturas del siglo de quienes creen que el cristiano, para serlo de verdad, debía ser también y ante todo buen ciudadano. Religioso sí, pero no de cualquier manera. Sociedad civil también, pero regenerada y guiada por los principios evangélicos, Miguel Cortés, Antonio Bernabeu o Santiago Sedeño serían buenos ejemplos de esta postura y de una religiosidad compatible con la sociedad civil.<sup>6</sup>

Estas ideas pueden contrastar con la defensa que hace el periódico de la Inquisición en el número 11, oponiéndose al decreto «fulminante» de Napoleón para su abolición, porque este tribunal «sagrada barrera de la fe y de las costumbres contra las incursiones del error y del vicio que ha proporcionado a nuestra Patria las dulces y apacibles ventajas de la justicia y de la paz, dexa de existir [...]». Lenguaje similar empleaba la *Gazeta de Valencia* en su primer número el 7 de junio de 1808 y otros periódicos.<sup>7</sup> No se pierda de vista que hay cierta tendencia a defender todo aquello que Napoleón condena, máxime lo que se ve como «barrera» contra su impiedad y la difusión del moderno filosofismo ateo. De todas formas, existe una tendencia muy clara contra el Tribunal del Santo Oficio, a la que quería atraerse Napoleón.

*El Observador* está en la misma línea de un Joaquín Lorenzo Villanueva y de tantos eclesiásticos y civiles que escriben en estos momentos y evolucionan de forma distinta, pero manteniendo el equilibrio entre religión y vida civil. Su lenguaje no es antiliberal, más bien apuesta por conceptos que podemos señalar como ilustrados y moderadamente liberal-burgueses. Su defensa de la religión no se contradice con el liberalismo. Es religioso, pero no reaccionario. Tampoco se muestra antirrevolucionario como supone Miguel Artola o involucionista. Matizando, lo es si tomamos la revolución francesa como paradigma. Es más, si leemos atentamente el folleto *¿Qué es lo que más importa a la España?*, nos parece que coincide con las ideas del periódico.<sup>8</sup>

*El Observador* pues se adecua a su tiempo y a las circunstancias que fuerzan su línea programática e ideológica, basada en los principios más sagrados de moda, rey, patria y religión, ante el peligro que representa la invasión napoleónica y la desaparición de sus leyes, costumbres e independencia. Ningún periódico, sea la *Gazeta de Valencia* o el *Diario de Valencia* son liberales o revolucionarios en el sentido que parecen apuntar Gómez Ímaz y Miguel Artola.<sup>9</sup> Ambos diarios, que evolucionan con el tiempo, defienden los mismos presupuestos que *El Observador*. Éste contrapone a la revolución francesa la templanza de la revolución española, defendiendo su independencia y libertad, esto es, el derecho a regirse los españoles por sus propias leyes, sin imposiciones externas. La revolución francesa es fruto del filosofismo, del alejamiento de las máximas religiosas, del olvido de

6 León Navarro, Vicente (2003); La Parra López, Emilio (1984: 105-131); Dufour, Gérard (1989).

7 León Navarro, Vicente (2009: 221-249 y 2008). Puede verse entre otros periódicos el *Diario político de Mallorca* (15-VI-1808).

8 *¿Qué es lo que más importa a la España. Discurso de un miembro del populacho*. Folleto atribuido a Isidoro Antillón y fechado en Teruel el 28 de junio de 1808.

9 Antonio Alcalá Galiano (1955, t. II: 319). Escribe el autor: «Tienen razón, pero no en todo, quienes dicen que los españoles, al levantarse contra Napoleón, aspiraron a impedir la regeneración de su patria; a defender los abusos en ella arraigados y hasta volver atrás de la época de Carlos IV y su valido [...]». Frente a esta postura sigue escribiendo: «Tienen razón, asimismo, quienes afirman que los españoles, en la misma ocasión, aspiraron a liberar su patria del poder e influjo extranjero, estableciendo en ella leyes sabias y justas, enfrenadoras de la arbitrariedad, reformadoras y conducentes a su ilustración, libertad y dichas futuras». Éste sería el caso de *El Observador*.

Dios que el periódico condena desde su postura de español y católico. Los españoles, tal como los pinta la prensa, se caracterizan por la fidelidad a sus leyes y costumbres, por defender su derecho a decidir y darse las leyes y sistema político que consideren mejor y por su rechazo a Napoleón encarnación del mal.

Pensamos que *El Observador* se aleja tanto del absolutismo como del populismo, situándose en un justo medio que, sin renunciar al pasado, mira hacia un futuro distinto, confiando en que Fernando VII sea un rey libertador y regenerador, la antítesis de Godoy. Lo esperaban muchos y a todos defraudó.

### 3. FORMATO Y MÉTODO DE COMPOSICIÓN

El periódico se presenta en 8º. La portada contiene el título, el número, la fecha, una frase latina de algún autor clásico o de la Biblia, el escudo del editor, consistente en dos ramas, posiblemente de laurel, que encierran dentro las iniciales entrelazadas M y D y debajo de todo la ciudad, la imprenta y su localización. El número XVIII, que es el último, es el único que carece de fecha y éste y el XI de la frase latina. Aunque todos los números aparecían con un formato único, el XI lo hemos visto con una portada y contraportada que no llevan el resto. Ignoramos si es fruto de la posterior encuadernación. Este número, en efecto, añade una portada donde sólo figura el título del periódico. En la segunda hoja se repite el título con todos los datos. La última hoja incluye las librerías donde se podía encontrar la publicación y/o suscribirse a ella. El XV introduce una nota anunciando que en la imprenta y librería del periódico se admiten suscripciones a la *Gazeta del Comercio de Cádiz* «a treinta reales de velón (*sic*) por trimestre», corriendo el porte a su cargo.

El número I, que incorpora el *Prospecto*, consta de 76 páginas e incluye otras cuatro sin paginar con una Real Orden. En total 80 páginas. El II, como el XIV, trae 66 páginas con nota de errores y seis sin paginar, incluyendo al final una nota en la que señala las librerías donde encontrar el periódico o suscribirse a él, al igual que el III, algo más reducido en páginas, 52, que completa con dos Reales Órdenes sin paginar. El IV con sus 72 páginas iguala al I, sólo superado por el XVIII con 84. El resto varía. El V y el XV coinciden en 68 páginas, el VIII y XVI con 64, IX y X con 59, XII y XVII con 60. El XI, 62. El VI, 64 y el VII, 65. Ambos incluyen sendas Reales Órdenes con lo que la paginación se eleva a 69.

La composición es bastante similar en todos los números. Empieza con un *Discurso político*. Sigue con *Noticias extranjeras* y *Noticias de España*, variando los lugares de donde proceden según el interés de cada momento, y finaliza con una breve *Exhortación patriótica*. El *Discurso político* marca la línea programática respecto a los acontecimientos tanto españoles como europeos. Se trata de una especie de editorial donde se plasman las ideas más importantes. Suele centrarse más a España, pero con alusiones a los países europeos y a los estados pontificios. En algunos números parece mayor el interés por lo que sucede en Europa, quedando los temas de España relegados a un segundo plano.

Las *Noticias extranjeras* son amplias y bien fundadas. Abarcan todos los frentes con informaciones de las capitales o de los lugares donde se cuecen, o parecen relevantes, las noticias siempre relacionadas con la guerra contra Napoleón. Ensalza a los países que se oponen al Emperador o critica a los que se someten a él, diferenciando entre pueblos que quieren la libertad y los gobiernos sumisos y esclavos del tirano francés. Enfatiza las noticias, por una parte, de Austria, Rusia y Turquía, potencias que pueden poner en apuros la ambición napoleónica, y mira con atención las insurrecciones o las paces por su repercusión sobre la lucha en España, ejemplo de valentía, orgullo, dignidad y honor. Por otra, de Suecia, Dinamarca, los estados pontificios y Gran Bretaña, sin olvidar otros pequeños estados. De la primera lamenta la abdicación del rey Gustavo a favor de su hijo

y la renuncia final de toda la familia real en la débil persona de Carlos XIII pronto en manos de Bernadotte.<sup>10</sup> El interés de Napoleón de reducir la autoridad del papa a su papel meramente espiritual lleva al diarista a condenar con las palabras más gruesas la actitud del impío tirano perseguidor de la religión, de la Iglesia y del papa por lo que aprueba las Letras Apostólicas de excomunión de junio de 1809. Finalmente, no tiene sino palabras de elogio y admiración hacia Gran Bretaña por la defensa de la libertad frente a Napoleón y su alianza con España.

Parece existir la esperanza de que todos los pueblos de Europa, a ejemplo de España, se alcen contra el tirano para acabar con su tiranía. *El Observador* proporciona datos y resúmenes de los hechos más significativos o de los estados de opinión a través de los diferentes números. Presta atención a lo que sucede en Francia, donde crece, en su opinión, el malestar contra el Emperador, asunto que recogen también la *Gazeta* y el *Diario de Valencia*. La realidad no respondía siempre a los deseos.

Las *Noticias de España* ponen al corriente sobre el estado de los campos de batalla donde se batían los ejércitos españoles, los ejércitos combinados o las guerrillas. Pero no sólo se trata de actos bélicos, sino también de reflexiones y de puntos de vista sobre las cuestiones políticas manifestadas en el *Discurso político* o en la *Exhortación patriótica*. Todo forma una unidad vista desde diversos ángulos.

Los elogios a los distintos pueblos de España y a sus generales son continuos. Su valentía, audacia, honor, heroísmo, sacrificio y dignidad están por encima de toda sospecha. Pueblos a los que se les pide unidad y obediencia a la autoridad que representa la Junta Central como medio de vencer al enemigo que, por grande que sea, encuentra una inmensa barrera en la valentía de todos, pero especialmente en ciudades como Zaragoza, Gerona o Valencia y en los victoriosos campos de batalla del Bruch y Bailén o la derrota de Soult en Portugal. Actitudes y hechos que permiten al diarista respirar optimismo sobre un pronto y feliz final de la guerra que acabe con el terror, ambición y perfidia de Napoleón. España, aunque sin recursos, no es Europa. En ésta luchaban ejércitos, en la otra un pueblo que con su guerra sorda, pero continua y eficaz, desmoraliza al enemigo.<sup>11</sup> De ahí el recurso al pueblo, a la nación en armas elevado a categoría de mito.

El lenguaje que se utiliza es importante como expresión de un estado de ánimo tanto patriota como regenerador y constitucional inserto en el acerado belicismo de pluma. Respecto al primero, ante todo, es directo. Interpela a unos y a otros con exclamaciones de halago o de reprobación: «¡Españoles!», «¡Pueblos de Europa!», «¡Francia, Francia!». Luego, centra su animadversión contra Napoleón con las palabras más duras: tirano, monstruo, traidor, impío, hechura del infierno, etcétera. Se dirige a Dios como protector único de España y celoso de su gloria contra los blasfemadores impíos de su nombre. A ese Dios que sólo habla a España y la conduce a la victoria contra «legiones formidables» o «diluvio de falanges enemigas», enalteciendo tanto el papel de Dios como la gloria de España. Una forma de entender la guerra y hacer presente el apoyo divino como generaliza la prensa y sostienen la multitud de escritos de la época en sus diversas formas. Lenguaje vivo, épico y heroico que ensalza las virtudes de los buenos, sean los «inmortales gallegos» o la «invencible Gerona», fulmina a los malos vertedores de sangre y sembra-

<sup>10</sup> El número v: 44-46, incluye la carta de abdicación del rey Gustavo, fechada el 19 de marzo de 1809. El diarista compara este día con la del 19 de marzo de 1808 en Aranjuez.

<sup>11</sup> La *Gazeta de Valencia* recogía las palabras de un general francés a un soldado español prisionero: «¡Qué furor, qué rabia la de este pueblo! Il faut faire la guerre de maison en maison, de fenêtré en fenêtré; nos es forzoso batallar de casa en casa, de ventana en ventana; en 25 años de campaña, no he visto cosa que se le parezca» (27-IX-1808). Esta desmoralización era evidente. La guerra de España era una guerra sucia, sin gloria, sin heroicidad. Así lo manifiestan los documentos franceses, en Petiteau (2008: 21 y 23).

dores de maldad, elogia el trabajo del gobierno y llama a la guerra y a la defensa de la patria hasta derramar la última gota de sangre al grito de vencer o morir.<sup>12</sup> Lenguaje de arenga y de resistencia. Respecto al segundo, se pronuncia por una nación unida civil y religiosamente, defensora de la libertad y de los derechos de los ciudadanos, de la justicia para todos y de los humildes, de la educación como soporte de conocimientos y de progreso, de leyes justas y de paz. No hay sociedad sin leyes, por lo que éstas deben ser fruto de la voluntad soberana de la nación representada por hombres elegidos libremente entre los más beneméritos. En esta línea utiliza palabras como voto, representación, asamblea nacional, constitución, sociedad civil, nación, progreso, felicidad, etcétera.

Desconocemos al autor del periódico. Pero no hay duda de que se trata de un hombre, civil o clérigo, de profundas convicciones religiosas, para el que la religión es consustancial con España y con los españoles, convencido de que el cristianismo es una religión que, bien entendida, dignifica al hombre, lo libera y le hace ser un buen ciudadano. En este sentido, entiende que el fanatismo y la superstición son ajenas a la religión y la degradan. Su concepción moral, por tanto, es rigorista sin caer en el exceso con algunos tintes jansenizantes sobre el deber y la conducta ejemplar que ha de mantener el hombre en todas las circunstancias de su vida, impulsando la participación política. En esta línea hay que entender su alegato sobre la regeneración social.

#### 4. LA INTERVENCIÓN DIVINA Y LA DEFENSA DE LA RELIGIÓN FRENTE A NAPOLEÓN

El espíritu religioso y providencialista aparece en cada número del periódico, como se aprecia también en el resto de la prensa. Dios interviene en todos los sucesos de los hombres y lo hace, de una u otra forma, a favor de los buenos y, en este caso, contra Napoleón, encarnación del mal y de la revolución que amenaza las bases del mundo civilizado. Los acontecimientos humanos no escapan a los designios divinos. El hombre no hace la historia, la sufre en su sentido bíblico. Esto permite ser optimista y esperar que Dios favorezca a los buenos frente a quienes persiguen su nombre y gloria. En un mundo en el que la filosofía moderna se ha expandido sin medida, es preciso esperar con optimismo que las ideas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, del honor y de la infamia, los derechos de gentes y del individuo brillen y se mantengan, al menos en España, mientras se aguarda el desmoronamiento de ese «formidable coloso erigido sobre la ruina de los Estados». Dios es justo y conduce las naciones de Europa por el sendero del honor y de la virtud. Su espada, como Dios de los ejércitos, blande sobre quienes se han mofado del cielo y de los hombres; esto es, Napoleón y sus secuaces.

El diarista hace especial hincapié en la defensa del papa, de Roma y de los estados pontificios, objetivo de la ambición del «infame perseguidor de la Iglesia de Dios» (*El Observador*, nº V, 31-VIII-1808), que intenta llevar a cabo bajo el disfraz apacible de un cordero. *El Observador* recoge con ironía en sus páginas la declaración de Napoleón a los romanos, descubriendo sus perversas intenciones dirigidas a controlar y dominar al papa y a reducir el poder de la Iglesia. En el mismo número, en las *Noticias extrajeras* (20-VII), referentes a París, se confirma la excomunión de Napoleón «por sus enormes atentados contra la Silla Apostólica, contra la Iglesia y contra la Religión». Y critica, en este sentido, la circular del Emperador a los obispos franceses para demostrar sus buenas intenciones y disposición y, con un lenguaje aparentemente evangélico, manifestar que el

<sup>12</sup> Se trata de una mística que se difunde por doquier. La *Gazeta de Valencia* se hacía eco de este lema cuando escribía que los zaragozanos «hablan de la muerte con el mismo desprecio que de Napoleón y de sus tropas» (27-IX-1808).

poder de la Iglesia debe reducirse a la esfera de lo espiritual. No le faltaba razón en este asunto concreto, aunque se equivocaba al humillar a Pío VII, cuya desaparición, pensaba, supondría también la de la Iglesia y la de la religión. Su actitud no podía dejar de levantar a la prensa de todos los países católicos en su contra, especialmente a la española, al grito de impío y de perseguidor de Dios, de la Iglesia, de la religión, del papa y del mundo civilizado. Para el diarista era el fruto de la filosofía moderna que había que combatir y erradicar.

El levantamiento de los españoles contra Napoleón se complementó con la constitución de instituciones que favorecieron y mantuvieron la lucha. Así, tras las Juntas Provinciales, en Aranjuez «se echaban los cimientos de un nuevo gobierno de España», celebrado y alabado en las páginas del periódico. Era la Junta Central bajo la presidencia de Floridablanca,<sup>13</sup> cuya formación respondía a la necesidad de aunar esfuerzos y rentabilizar recursos frente al Emperador. Para el diarista, la sabiduría de esta Junta era capaz de afianzar y estabilizar la nave del Estado a la deriva en medio de tan cruel tempestad bélica. No debía ignorar las tensiones internas y externas que sufría, aunque las silenciasse, quizá en un intento de resaltar lo que unía y eludir lo que dividía. Convenía transmitir a los lectores ante todo que «su firmeza héclea (*sic*) desconcierta los planes y burla los tortuosos designios de la negra perfidia» napoleónica.

Los intentos de Napoleón y José por sembrar el desconcierto y llevar a cabo con prontitud sus planes de usurpación resultaban inútiles. José, a quien su hermano había nombrado rey, se sentaba en un trono de sangre rodeado de generales y ministros, de españoles traidores, intentando ser reconocido y legitimado. Tarea imposible. El pueblo le repudia y le ataca sin desmayo con todos los medios, impidiendo que logre su sueño. A la vista están, por una parte, el recuerdo de los Viriatos, Pelayos o Cides y la protección de Dios que se encarga de guiar con mano firme sus ejércitos, porque ésta es también su causa; por otra, las divisiones catalanas, los cruzados extremeños, la invencible Valencia y la pétrea Sevilla «fragua de Vulcano y vasto taller de Marte».<sup>14</sup> La patria no es un invento moderno, ha acompañado a los españoles desde Sagunto y Numancia.

Napoleón se equivocó, sin duda, pensando en una victoria rápida y fácil del águila sobre el león. Se equivocó también José, empleando sus habilidades filosóficas y proclamándose rey de un pueblo que le despreciaba y de una nación que le abominaba. Ambos desconocían la capacidad de lucha del pueblo y de su patriotismo que crecía frente a las dificultades, originando una nueva mística de la guerra y de sus hombres, militares o civiles. Al supuesto rey se refiere el diarista como a ese «rey burlesco de Madrid» que emplea toda su filosofía en hacer el mal, en profanar templos, despojar casas de religiosos y en oprimir a la Iglesia (*El Observador*, nº VIII (15-X-1808)). Se dice «rey católico y bienhechor de las Españas» pero su comportamiento es el de sacrílego saqueador que se conduce de forma impía y procura corromper las costumbres más arraigadas.<sup>15</sup> Rey filósofo es un título que le inhabilita para ser rey de España y le sirve al diarista para hacer leña del árbol caído, en este caso, del árbol podrido por la filosofía moderna.

En este sentido, es bochornoso que José Bonaparte se sienta legitimado para reinar en España, y con ironía malévolamente destaca y recrimina su «loca manía de reinar», luciendo el cetro que, en su opinión, ha arrebatado a Fernando. Su trono, conseguido por la fuerza, está manchado y sostenido por traidores sin patria y sin honor. No obstante, se empeña en aparecer ante todos como un príncipe legítimo, que desea la felicidad de su pueblo, y

<sup>13</sup> Se constituía el 25 de septiembre de 1808. La prensa valenciana recogía grandes alabanzas al conde, de Floridablanca.

<sup>14</sup> Tras abandonar Aranjuez, la Junta se estableció en Sevilla en el mes de Septiembre.

<sup>15</sup> El *Diario de Valencia* le llamaba «rey Platón» (11-11-1809). Dufour (2008: 53-70).



adorado por las gentes. Esta situación idílica e ilusoria la difunden la «prensa mercenaria» y «las plumas venales» (*El Observador*, nº III (I-VIII-1809) que intentan transmitir y pintar la edad de oro de este rey intruso y filósofo que gobierna y legisla con justicia. *El Observador*, por su parte, presenta una realidad distinta, en la que los españoles bajo su poder lloran amargamente e imploran al Dios de los cielos el fin de esta esclavitud. Si por algo se caracteriza este rey y su gobierno, es por la fiereza con que persiguen a los españoles amantes de su patria y de su rey Fernando. Para el diarista era evidente que:

El Rey filósofo despliega (*sic*) aquella barbarie que antes de la organización social regulaba en los hombres todas las operaciones y movimientos. Enviado por su ambicioso hermano a ceñir una corona que ni el cielo ni los hombres le darán jamás, destruye do coajo lo que hay de más sagrado entre los humanos, sustituyendo a la justicia, los caprichos del poder (*El Observador*, nº III, I-VIII-1809).

Si la prensa en general destaca los problemas de Napoleón en Francia, unas veces ciertos, inventados otras, y la tiranía que ejerce sobre los franceses, social, política y militarmente, *El Observador* no podía ser menos. El diarista entiende que Francia, en otro tiempo representante de la libertad, se encuentra ahora en manos de Napoleón quien pretende hacer lo mismo en España a través de su hermano, sostenido en Madrid por ministros perjuros y traidores, hombres repudiados que se identifican con la política bonapartista contra los intereses de su patria. Buen ejemplo es la aceptación del decreto contra la Inquisición que los ministros de José se han apresurado a celebrar con la proclamación de la tolerancia religiosa. Para el periódico se abría la puerta a todas las sectas, permitiendo el asentamiento de todos los cultos. Todo un mundo religioso tradicional amenaza con derrumbarse, y no por casualidad a ojos del diarista, porque todo esto formaba parte de una misma estrategia: «Ah! El corazón se estremece y la sangre se congela al ver en todas partes el caos del horror [...]». No hay lugar donde no resuenen los gemidos tristes de las víctimas de las que es responsable el pretendido rey «en cuyo reinado está cifrada la felicidad de los pueblos. Qué diremos de los lamentos de las doncellas que pierden su virginidad, del anciano que expira baxo el golpe mortal del enemigo, de la madre que pierde a sus hijos ante las garras de estos terribles tigres, los tabernáculos profanados; el mismo Dios sacramentado!».

El rey filósofo es mal monarca porque divide a los españoles, desprecia la religión suprimiendo sus órdenes y prohibiendo anunciar la palabra de Dios. España gime en secreto el cruel resultado de la filosofía del pretendido rey de España (IX, 22), pero se rebela y lo aborrece.<sup>16</sup> Su pensamiento se encuentra en otro rey, sin perder la esperanza de su pronta recuperación, mientras en el país todo parece ir bien, como lo demuestra el ejército combinado del centro, la resistencia de Gerona, en particular, y el papel de Cataluña, en general. Los franceses están sorprendidos del arrojo y valentía de las tropas españolas. Lo que se veía como un paseo triunfal, se ha convertido en una pesadilla y en un obstáculo insalvable. «Mas para que la fuerza militar de la nación adquiera aquel respetable ascendiente que ennoblece el campo de batalla, santifica la victoria y consolida los triunfos», juzga *El Observador* ser indispensable el soberano influjo de la Religión. Sin ese poderoso auxilio «¿de qué servirán las mejores ordenanzas para formar al soldado, y establecer una excelente disciplina en el ejército?». El diarista une alma y cuerpo, patria y religión, fuerza civil y fuerza moral. De poco vale la ley si no es querida; de poco sirve la disciplina si no

<sup>16</sup> Véase *El Observador* nº IX (I-XI-1808).

la siente el corazón. La religión afianza las virtudes. Es preciso que el soldado, idealizado en extremo, sienta la presencia divina y le acompañe siempre:

[...] la idea de un Dios justo que todo lo ve, todo lo oye, y todo lo penetra; el temor de sus castigos y el aliciente de sus recompensas [...]. Entonces el soldado ya obedece no por temor a las penas establecidas, sino por amor al orden; contempla en sus gefes otros tantos representantes de la Divinidad sobre la tierra, huye de los placeres [...]. En las batallas desconoce los riesgos [...]. Columbrando más allá del sepulcro una eternidad dichosa destinada a los que pelean gloriosamente por la religión y por la Patria (*El Observador*, nº IX, I-XI-1808).

##### 5. ESPAÑA, ESPEJO DE EUROPA. ENTRE EL HONOR Y LA FUERZA

En los campos de batalla del continente resuena el nombre de Napoleón y sus ejércitos se pasean invencibles por una Europa rendida a sus pies y adormecida. Pocos se atreven a plantarle cara. En Europa coció y recoció Bonaparte el plan de invadir España estableciendo alianzas y paces, pensando que la conquista de España era cosa de poco, un simple trámite fácilmente superable. Y no digamos Portugal. Sin embargo, en medio de esta situación europea, España se levanta a una contra Napoleón tras las abdicaciones de Bayona, iniciando una nueva forma de hacer la guerra, en la que tan importante como las armas eran las opiniones, la ideología, el honor, la dignidad y el odio visceral, casi místico, contra el Emperador y cuanto significaba. Napoleón erró respecto a España y con él sus consejeros y generales que no encontraron una nación desarbolada, sino organizada en torno a las Juntas Provinciales y más tarde al gobierno soberano de la Suprema Junta que siendo «centro de todas las esperanzas y nuestros votos, afianza con zelo infatigable el precioso fruto de nuestros sacrificios». Fue importante la paz con Inglaterra, esa nación grande, sensible y generosa que aseguraba con sus acciones la tranquilidad de los españoles, así como los tratados firmados con otros estados que permitían a España alcanzar el puesto que le correspondía entre las potencias. El deseo de ver la patria enaltecida y respetada es permanente, presentando la insurrección contra Napoleón como el momento histórico esperado para ser lo que debe ser, superada la opresión godoyista.

La alianza hispano-británica cambió el discurso político de la prensa en general, dando fin a un periodo largo e intenso de hostilidades. Inglaterra presentaba algunos rasgos comunes con España. No cabe duda que una y otra eran la gran esperanza de Europa, presentando a aquella como el terror del tirano y baluarte inexpugnable de la libertad, mientras pedía merecida «gloria inmortal al grande, al poderoso y benéfico George III y alabanza eterna a sus Ministros [...]» (*El Observador*, nº XVI, 15-I-1810). En número XIV del periódico aprovecha el aniversario de su rey para ensalzar al país, al que ve como una nación unida, que da gracias al cielo y cumple sus deberes religiosos y morales, aspectos muy destacables para el diarista. En Inglaterra brillan la lealtad y la filantropía, compiten el amor al rey y a sus semejantes y resalta el espíritu religioso, sin fijarse si se trata de anglicanos, más bien herejes, o no.<sup>17</sup> El amor al rey, se destaca por razones obvias. Los españoles descubren Inglaterra gracias a la guerra. El aniversario es una fiesta civil y religiosa al mismo tiempo, descrita con la intención de contraponer la humanidad inglesa que libera presos y da de comer al pueblo con la Francia tiránica de Napoleón. El haz y en envés de una misma realidad que el diarista distorsiona intencionadamente. Así, mientras

<sup>17</sup> Alcalá Galiano (1955: 49-50) se sorprendía de este cambio hacia Inglaterra y ver a los ingleses, tenidos por herejes, defender junto a los españoles una religión que no profesaban.

Londres parecía la imagen del cielo, París representaba la del infierno. Allí había júbilo, aquí llanto y crujir de dientes. Tantos elogios no dejaban ver que Inglaterra hacía su política. La victoria sobre Napoleón afirmaba su hegemonía mundial.

La intención del diarista, como se observa en proclamas, panfletos y prensa, es presentarnos una España esplendorosa que mira a su pasado glorioso y a su presente heroico, y no en balde, como demuestran los ejemplos de los gallegos, de la inmortal Gerona o de Cataluña. Con estos elementos cabe ser optimistas y poner en entredicho la omnipotencia e imbatibilidad de los mitificados ejércitos napoleónicos. Optimismo militar al conocer la derrota de Soult en Portugal u observar el avance de las tropas contra los franceses. Y conviene resaltar el mérito de estos ejércitos surgidos casi de la nada, sin formación y sin medios, lanzados al campo de batalla donde aprendieron a combatir bajo las bayonetas enemigas y desmitificaron los ejércitos franceses, arrancando los laureles de sus invictas cabezas. Aquí cualquier victoria le cuesta a Napoleón ríos de sangre. No hay temor a ese ejército imperial, aunque se aumente con todas las tropas desplegadas en Europa. Sus ventajas en España siempre serán efímeras y su gloria vana, profetiza el diarista. España es una nación que lucha unida y a la que se suman todos para realizar tareas diversas, sean los frailes que quieren empuñar las armas, las mujeres o las milicias universitarias valencianas. Para todos hay un lugar y una misión, dando un sentido democratizador a la lucha.

Si esto sucede en España, ¿por qué no confiar en que Europa se levante contra el opresor? El diarista, que quiere ver el final del tirano Napoleón, se muestra ilusionado ante los movimientos de insurgencia contra el Emperador, sea en Alemania, en Italia o en Austria. Los primeros pasos dados por los austriacos son saludados con alborozo, como si fuera el principio del fin. Desea ver despertar de su somnolencia a todos los países a ejemplo de España. Contagia su optimismo, aunque la realidad defrauda. Rusia, fiel aliada del Emperador, empieza a despertar muy lentamente del letargo «en que la tenía sepultada el opio de Napoleón», pero sin percibir el peligro. Sólo la afrancesada Suecia parece un caso insoluble.<sup>18</sup> Siempre mirando con optimismo, *El Observador* presenta una situación europea halagüeña porque: «todo anuncia muy cercano el día en que el género humano disfrute del reposo merecido». Mientras llega ese momento, los españoles unidos mantienen viva la guerra dispuestos a morir antes que someterse al tirano y ser sus esclavos. Efectivamente, los pueblos de Europa pueden mirarse en España e imitar su valor ajeno al desaliento. Incluso Inglaterra tiene «a particular honor el ser su íntima aliada [...]» (*El Observador*, nº IX, 1-XI-1809).<sup>19</sup> Era una forma entusiasta, pero simple de ver el panorama político y militar.

Parte de la esperanza de la Europa dominada por Napoleón está puesta en Austria, decidida por fin a declararle la guerra (10-IV-1809) invadiendo Baviera. Era el fruto de la 5ª Coalición, en la que participaba España. Las batallas de Eckmüll y de Aspern-Essling permitían abrigar ciertas esperanzas a Austria que el diarista enaltece, presentándola dispuesta a no rendirse y a defender su dignidad ante Bonaparte, cuyo imperio era incompatible con la independencia de las naciones.

En los campos de batalla del Danubio, Napoleón, según relata *El Observador*, llevó a cabo una campaña de devastación generalizada desde Ratisbona a Ebersdorf, sufriendo sus gentes todos los problemas propios de la guerra y de la represión napoleónica. Las

<sup>18</sup> El número XIV (15-1-1810) analizaba el panorama europeo y se centraba en Suecia, donde se habían cumplido todos los temores. La familia real había sido traicionada y obligada a renunciar el trono a favor de Carlos XIII, marioneta de los intereses franceses. Esta situación ha dañado su comercio y su dignidad. Gustavo IV abdicaba en su hijo el 29 de marzo de 1809. El Parlamento depuso formalmente a toda la familia real el 10 de mayo, nombrando a Carlos XIII, un rey títere de Jean-Baptista Jules Bernadotte, príncipe heredero en 1810.

<sup>19</sup> Muchos folletos y numerosas proclamas de las Juntas se refieren a España como ejemplo de Europa.

«plumas venales», con sus escritos se encargaron de presentarlo como un vencedor y protector, contra el que era inútil levantarse. El mensaje del diarista, sin embargo, contrarrestaba toda esta propaganda y demostraba que Europa se movía, no estaba muerta. «Un diluvio de sangre no ha bastado para sofocar todavía el volcán del Austria, y otras erupciones no menos espantosas rompen sucesivamente el cráter en todo el norte de Alemania», encontrando ejemplos destacables de valerosos soldados y oficiales. El optimismo, no obstante, debía ser matizado, porque había príncipes y reyes que se sometían de grado al tirano. Mientras una parte de Europa quería ser libre, otra se encontraba cómoda bajo el yugo de Napoleón.

La insurrección en el norte de Alemania, lo mismo que en Italia, no dificulta la acción militar de Napoleón y sus generales en Austria. El diarista se equivoca al querer transmitir un panorama contrario a los franceses. Las batallas a orillas del Danubio y otros lugares son presentadas como otros tantos triunfos austriacos. El mariscal Lannes, por ejemplo, habría sido derrotado en Essling y socorrido por Bauharnais, Bernadotte y Marmont, sin éxito. Esta batalla, a pesar de la superioridad austriaca quedó en tablas. El diarista, tal vez con intención, alude a la rendición de Zaragoza en febrero. Curiosamente, Lannes que se encontraba al frente de los sitiadores entonces, recordaba a orillas del Danubio la heroicidad de sus habitantes, afirmando que «para conquistar allí (España) una corona, hay por lo pronto que matar... una nación» (Fraser, 2006: 361).

El periódico presenta a un Napoleón asustando ante el aumento de la agitación, pero la división de Europa y los intereses contrapuestos de sus reyes y príncipes juegan a su favor. Rusia empieza a sentir las consecuencias de su amistad con Napoleón quien, carente de todo honor y humanidad, no admitirá ningún rival que haga sombra a su imperio.

La lucha europea pues es la de las ambiciones y falsas amistades, como la de Francia y Rusia, de cuyos tratados de paz ambas querían beneficiarse a costa de engaños mutuos. Francia cuenta con la amistad de Suecia, a la que Rusia pretende anexionarse, lo mismo que a Bizancio, y extender su imperio. Pero la situación va cambiando, según el diarista, gracias a Inglaterra, a su amistad con Turquía y a las supuestas derrotas napoleónicas en el Danubio.

Ahora bien, «Si *El Observador* hubiese de trazar el quadro de Europa por los extractos de las plumas mercenarias del tirano, la libertad apenas hallaría un objeto favorable o la esperanza un motivo lisonjero» (*El Observador*, nº X, 15-XI-1809). Estos escritos, como también algunas páginas del periódico que presentamos, venden ilusión, medias verdades y llamadas patrióticas. Lo que resulta evidente, en el caso que nos ocupa, es que para el diarista si se creyera lo que publican, la suerte de Europa estaría en manos de Napoleón, el Parlamento británico alterado e incluso disuelto, la Junta de Sevilla sin autoridad, energía ni confianza popular y España sometida. La realidad para el diarista es justamente al revés. Bonaparte se halla contra las cuerdas en todos los frentes e Inglaterra «ese baluarte inexpugnable de la libertad continental, ese muro de diamante a los furiosos embates de la tiranía, esa poderosa y benéfica nación destinada por la providencia a salvar las reliquias de la civilización de los pueblos de los horribles estragos de la barbarie [...]», está muy lejos de debilitarse. Y España, firme y constante, no se queda atrás. Ha sorprendido a todos haciendo ella sola, sin armas, dinero, orden ni disciplina, más daño a Francia que todos los países europeos juntos (*El Observador*, nº X, 15-XI-1809).

Siguiendo el análisis entusiasta e interesado del diarista: «Cada día se descubre más cercana la época feliz de la libertad y de la regeneración que el heroísmo de los Españoles prometió a Europa» (*El Observador*, nº IV, 15-VIII-1809). Se quieren ver los síntomas de decadencia del tirano y la fragilidad de su imperio «fundado sobre el crimen y la injusticia». Y Francia cada vez más amenazada en sus propios hogares por el norte, ve morir

a sus hijos por centenares de miles en los campos de batalla, mientras sus periódicos se empeñan en proclamar las victorias y callan la insurrección general en Holanda, España, Austria, Hungría y otros lugares, porque saben que el imperio de Napoleón y la independencia de los pueblos se oponen (*El Observador*, nº VIII, 15-X-1809).

Muchos creyeron que los invencibles ejércitos de Napoleón destrozarían a los españoles levantados en su contra, pero se equivocaron. Parecía imposible que un pueblo sin ejército y sin medios hiciera frente al amo de Europa con éxito. Nadie apostaba por el triunfo de su insurrección. Sólo cabía el milagro y el milagro, o algo similar, se produjo. Cómo explicarlo es lo complejo. El diarista, apostando siempre por la intervención divina, lo exponía de forma sencilla, como correspondía al ambiente religioso y patriótico del momento: «a pesar de la malignidad del moderno filosofismo, subsiste aún la hermosa cadena que une la tierra con el cielo, y la religión no ha llegado a borrarse» del corazón humano. Daba a entender la importancia de la religión como sostén del patriotismo que actuaría siempre como una barrera frente al mal, del que Bonaparte era su encarnación.

Los ejércitos imperiales no eran invencibles. Aclaremos que Napoleón no envió a España a sus mejores tropas al principio. La prensa valenciana se fija en estos soldados, polacos, suizos, italianos, alemanes u holandeses poco afectos a la causa napoleónica, para hacerlos desertar.<sup>20</sup> Con todo, el mito caía por sí solo ante personajes populares sin relevancia política, fuera un *Pajulero* de Valencia,<sup>21</sup> un *aldeano* del Bruch o un *mesonero* de Hall. Y estos ejemplos se imitan en Europa, donde los franceses son acosados por alemanes, austríacos, húngaros y otros pueblos, mientras el senado francés contempla con temor el triste destino al que le lleva la ambición de Napoleón y la desbandada de sus aliados.

España, se convierte en el «exe principal de la gloriosa insurrección del universo».<sup>22</sup> Como si estuviera llamada a salvar a Europa, al mundo y al género humano en una segunda redención bíblica. Si Cristo redimió a la humanidad del pecado original, ahora correspondía a España, nueva Israel a través de la que se manifestaba Dios, redimir al mundo de Napoleón, encarnación del mal.<sup>23</sup>

Ante tantas esperanzas, la realidad se imponía. *El Observador* relataba la derrota de Austria.<sup>24</sup> Efectivamente, la batalla de Wagram (5-6 de julio de 1809) ponía fin a las aspiraciones austriacas. Napoleón que actuó con gran audacia derrotó al emperador Francisco con el que firmó una paz gravosa (14-X). Austria no solo perdía parte de su territorio, sino que abría la puerta a la posterior boda de María Luisa, hija del emperador, con Napoleón, neutralizando así su poder. Bonaparte, como árbitro, guiaba los destinos de Europa, ganaba tiempo frente a rusos y turcos, mantenía sus ejércitos en el Danubio, se atrevía a proponer al papa una liga ofensiva y defensiva, pretendiendo restar poder a la Iglesia y a la religión,<sup>25</sup> y podía enviar nuevas tropas a España.<sup>26</sup> El diarista, en el último número (XVIII) pronosticaba, no obstante, la crisis política rusa ante el crecimiento del poder turco y a la ceguera en mantener su alianza con Napoleón, del que no percibía sus

20 León Navarro, Vicente, "Papel y poder de la prensa en la Guerra de la Independencia (1808-1809). El caso valenciano", en <http://argonauta.imageson.org/document112.html>.

21 Se trata de Vicente Doménech, un vendedor de pajuelas, que declaraba la guerra a Napoleón el 23 de mayo.

22 La *Gazeta de Valencia* entendía el papel de España en la misma línea: «La resurrección de las Naciones anunciada desde el momento en que la España se restituyó a su dignidad, empieza a ser una verdad y un hecho, que en vano se afanan en desfigurar los esclavos, haciendo sudar las prensas con sus imposturas, bagatelas y recursos ineficaces», (20-VI-1809)

23 Hay infinidad de folletos que presentan a Napoleón más temible que los mismos diablos.

24 Véase al respecto *El Observador*, nº XII (15-XII-1809).

25 En febrero de 1810, Napoleón se anexionaba Roma.

26 Sobre este aspecto: *El Observador*, nº XV (1-II-1810).

perversas intenciones. Al Emperador no le preocupaba Europa, le irritaba España y a ella dirigía sus jóvenes soldados.

La situación no era halagüeña. Pacificada Europa, Napoleón miraba a España que, aunque valerosa, presentaba fallos en su estrategia militar y en la ausencia de un patriotismo unánime evidenciado en «las escandalosas dispersiones de nuestros ejércitos, las rencillas de nuestros generales, la incoherencia de nuestros movimientos, las divisiones de nuestras provincias, el monstruoso egoísmo de los pudientes, la deplorable defeción de muchos sabios, las amargas quejas de los pueblos y su desesperación a vista de tantos males».<sup>27</sup> El análisis era real. Criticaba la «funesta dispersión del ejército del centro» y las desperdiciadas ventajas de los de Castilla, que empeorando la situación militar, daba alas al enemigo. Demostración evidente eran los movimientos dirigidos al levante. El 28 de junio de 1808 Moncey fracasó ante los muros de Valencia. Suchet volvía a intentarlo en marzo de 1810, contando con informaciones llegadas de la propia ciudad.

El lado oscuro de este panorama era el Madrid ocupado y tiranizado, al igual que otras provincias sin que se hubiera hecho nada por evitarlo. Se habían desaprovechado todas las ocasiones que presentaban las insurrecciones del norte de Europa. Se cuestionaba el valor español para impedir tal afrenta. Igual ocurría con Gerona abandonada a su suerte, como si Cataluña fuera menos España, a pesar de los elogios y proclamas que exaltan su valor como catalanes y como españoles. Algunas provincias se muestran indiferentes a los sucesos de España, cuestionando la siempre alabada unidad. El pueblo parece cansado y «los pudientes no han querido entrar en el espíritu público de la Nación» (*El Observador*, nº XVIII, 15-III-1810). Ante tanto optimismo manifestado constantemente sobre la unidad, ahora se pregunta con amargura si «un espíritu fatalísimo de Provincia nos reconcentra dentro de la que habitamos, haciéndonos mirar como extranjeras las demás [...]», cerrando los ojos al peligro que, en algunos casos, se ve algo lejano y extraño. El mensaje no admite dudas, el peligro es general y conviene organizar las fuerzas y los recursos.

La exaltación del patriotismo no significa que todos los españoles lo manifestaran por igual. La prensa se encarga de denunciar la frialdad de unos y el egoísmo de otros. Frente a los patriotas y a quienes luchan sin descanso por la patria, *El Observador* opone a los traidores, cobardes, egoístas y aprovechados. El primer lugar los ocupan los afrancesados que, junto a los verdugos, esclavizan a las personas, asolan los territorios y reducen a ceniza las ciudades. Vienen luego los egoístas que rechazan los sacrificios que exige la Patria, ocultan sus caudales y fingen necesidad para disimular. Les siguen los que no se comprometen y justifican todo. Finalmente, los que se valen de la causa que parece defender y bajo la apariencia de patriotas consiguen bienes y riquezas. Radiografía exacta de una realidad social compleja, en la que siempre ganan los especuladores de la guerra.

Entonces, se pregunta el diarista ¿por qué combate el pueblo español? Para nosotros es importante saber en qué funda los motivos por que se movían los españoles en esta guerra. «El pueblo español alevosamente sorprendido y desarmado [...], combate por su libertad, por su honor, por su religión, por el decoro del género humano, por los vínculos que unen al hombre con el hombre [...]; combate contra un tigre hidrónico de sangre [...]; combate contra una furia destacada del infierno [...]; combate contra un impío enemigo del cielo y de la tierra [...]; combate contra la traición y alevosía, el egoísmo, la indiferencia, la timidez, las pasiones de algunos de sus hijos» (*El Observador*, nº IX, 1-XI-1809). Distinguía bien por qué se luchaba y contra quién. Y ese contra resultaba más

<sup>27</sup> *El Observador*, nº XVII (1-III-1810). Casualmente, *El Patriota* presentaba por estas fechas la «Idea de un general perfecto en campaña». Mor de Fuentes, José, *El Patriota*, Valencia, por Miguel Domingo, 1809, nº. 6 (3-III-1810). Gómez Ímaz (2008: 226) dice que debieron salir dos o tres números, de los que no vio ninguno. Nosotros hemos visto seis.

amargo cuando se refería a los enemigos interiores, unos claramente identificados, pero otros amagados tras el disfraz de patriotas causaban daños irreparables. A pesar de todo, se mantiene la ilusión de la victoria que asegura el valor de los generales, la sabiduría del gobierno, la protección del cielo y la escrupulosa vigilancia de las Juntas. Por todos lados resuena el grito de guerra, patria y libertad, incluidas las provincias ocupadas. Lo que demuestra que «el alma puede reynar en las cadenas, sonreírse en el dolor y triunfar de la opresión».

El entusiasmo que manifestaba la prensa y otros medios exaltaba ante todo el patriotismo unitario contra los franceses. Era el primer objetivo. Pero también buscaba mantener el orden interno, el orden establecido. Se trataba de una guerra de independencia, no de una revolución social. En ese sentido se deja claro que la santa revolución española no tiene nada que ver con la francesa, origen de todos los males imaginables acontecidos desde entonces.

## 6. HACIA UNA SOCIEDAD REGENERADA...

La insurrección contra los franceses creó una situación confusa. El pueblo, huérfano de su rey, presionó a las autoridades e instituciones para formar Juntas que ejercieran el poder en nombre de Fernando y declarar la guerra al ladrón y usurpador Napoleón. La necesidad de dotarse de un gobierno central soberano obligó a constituir una Junta Central que echaba sus cimientos en Aranjuez el 25 de septiembre de 1808 y se convertía en referente común de todas las provincias y Juntas. Las circunstancias bélicas obligaron a esta Junta Central a trasladarse a Sevilla. En esa Junta y en ese gobierno, encabezado por el conde de Floridablanca, se pusieron todas las esperanzas, de las que la prensa se hizo eco, como también *El Observador*.<sup>28</sup>

En la capital hispalense, símbolo de la resistencia a Napoleón, la Junta, firme como una roca, aguanta frente a quienes pretenden introducir la tiranía y el desorden.

*El Observador*, a través de sus páginas, revela su ideal político, la confianza en los representantes y la esperanza de que las cosas se hagan bien. Fe en el gobierno, fe en los hombres y fe en el futuro que ve como una época suspirada, memorable y feliz. El optimismo demostrado por el diarista es general, militar, político, institucional y moral. La Junta Central está al servicio del pueblo y como tal se esfuerza cuanto puede por ayudar a las provincias libres. Mantiene la religión de nuestros mayores y el culto católico, administra los bienes del Estado, protege la justicia de la corrupción, ampara los méritos, persigue la venalidad y crea un auténtico espíritu nacional. En una palabra, para el diarista, la Junta es el motor de una auténtica regeneración social. Con ello contraponen el gobierno patriota al intruso, el del rey José, rodeado de traidores para esclavizar a España. De ahí que pinte un cuadro casi idealizado. La Junta vela como padre por la felicidad de los españoles, adornada por aquella filosofía, don del cielo, destinada a consolar a los hombres en sus desgracias y a redimirlos de los dolores y angustias de los tiranos.

La Junta Central trabaja, trata de establecer «sobre las ruinas del Estado un nuevo y magnífico edificio social [...]»,<sup>29</sup> y advierte en el espíritu de la nación, la idea de la verdadera libertad civil, de un ilustrado patriotismo y el deseo de una dichosa regeneración:

El pueblo reclama su ilustración para deleytarse en las ventajas que le han procurado sus triunfos, para hallar la fuerza del poder en la convicción de sus propios

<sup>28</sup> La Junta salía de Aranjuez la noche del 1 al 2 de diciembre y se establecía en Sevilla el día 17.

<sup>29</sup> Así veía a la Junta, recién establecida en Aranjuez, la *Gazeta de Valencia* (30-IX-1808).

sentimientos, para respetar la autoridad en su origen, para adorar la ley en la voluntad general de la nación, para someterse a unas convenciones de las que deba hacer su felicidad, para dulcificar sus costumbres y comprender el divino lenguaje de la Religión y de la virtud. ¿De qué sirven las mejores constituciones cuando el pueblo yace en la más torpe ignorancia [...]?

La ignorancia engendra fanatismo y superstición que oscurecen la religión y el verdadero culto e inclina a los pueblos a armarse contra sus reyes y a éstos contra los pueblos. Ideas cercanas a las que manifestara Flórez Estrada en sus *Reflexiones sobre la libertad de imprenta*.

No faltaron defensores de Napoleón seducidos por sus victorias y por su mensaje regenerador que seguramente concibió para salvar a España de su ruina y en eso basó su política.<sup>30</sup> El Dos de Mayo fue un aldabonazo para muchos que se alzaron en su contra. Y ante la evidencia de los hechos, muchos veían la temeridad de los humildes haciendo frente a los ejércitos napoleónicos, deploraban el frenesí de la insurrección popular «que arrastraba los pueblos a un espantoso abismo, provocando la ira de estos ejércitos invencibles de Napoleón tocado por el dedo divino». Dos Españas presenta el diarista, la de los humildes y la de los sabios, grandes y bien posicionados. Mientras aquéllos se enfrentaban al enemigo, éstos se decían entre sí, «dónde van estos infelices, esos necios temerarios, sin armas y sin disciplina, sin artillería, sin caballería, sin dinero, sin coherencia en sus operaciones, sin gobierno, abandonados a su propio impulso y a la ignorancia que les rodea». Calificaban de locura la insurrección popular, al igual que la prensa y las instituciones.

La descripción era acertada y creaba en muchos un estado de ánimo contradictorio. Los acontecimientos dieron la razón a quienes confiaron más en su corazón que en la razón. Así sucedió en el Bruch, en Valencia, en Bailén o en Rioseco ante el asombro Europa.

Muchos mudaron su pensar, pero hubo quienes aún siguieron viendo en Napoleón al vencedor de siempre, independientemente de sus valores morales. Al pueblo, sin embargo, le importaba poco el Napoleón vencedor o vencido, porque pensaba en el monstruo, traidor e infame ladrón de su rey. Y en ese carácter moral cifraba su fuerza, rompiendo el mito que rodeaba su figura y su genio militar. Al fin y al cabo, Napoleón y toda su familia eran de carne y hueso, surgidos de la nada, como proclamaban multitud de panfletos, haciéndolos más despreciables y ridículos y menos imbatibles por zaragozanos, catalanes, españoles todos, portugueses y hasta europeos. De ahí el optimismo de *El Observador* al pensar que la unión de los pueblos del continente, con España a la cabeza, podía derrotar al tirano, a pesar de tantos prudentes y pusilánimes como abundaban. España, sin ir más lejos, ofrecía las mejores perspectivas tanto militares, puestas de manifiesto en los campos de batalla y en la resistencia de sus ciudades, como políticas, representadas en Sevilla y en esa «Asamblea Nacional» que, cual talismán, alejaba miedos y peligros e infundía optimismo.

Era evidente que Napoleón tenía un concepto erróneo del pueblo español que se había levantado a una en su contra, como reconocería en Santa Helena. No entendía que la guerra no era sólo cuestión de armas, sino también de principios. El pueblo español luchaba «por nuestra libertad y por la independencia de la Nación, luchamos contra el usurpador del trono de Fernando y reconocemos la importancia de desterrar los abusos de nuestra Constitución política [...]» (*El Observador*, nº VIII, 15-X-1809). Lucha militar y

<sup>30</sup> Alcalá Galiano (1955: 24) y Petiteau (2008: 13-31).



política. Necesidad de echar al usurpador, de regenerar España en su sentido más amplio. El diarista se traza dos objetivos inmediatos:

Arrojando los Franceses al otro lado del Pirineo, se habrá conseguido el primer objeto de la guerra; rectificando nuestra constitución, quedarán aseguradas la libertad y la prosperidad civil, mas es menester confesar que no precediendo una saludable resolución de las costumbres, estas ventajas serían puramente quiméricas. No arrancando con firmeza los malos hábitos antiguos, sería imposible una regeneración moral, eterna base de la regeneración civil.<sup>31</sup>

Y en este contexto, hace un exhaustivo análisis de los males de España, que conoce bien, y la necesidad de ponerles remedio para que se produzca un cambio que permita su florecimiento general:

Que desaparezcan para siempre las injustas preferencias en los empleos del gobierno, buscándose para el mando aquellos hombres ilustrados y beneméritos, capaces de desempeñarlos con honor. Que las recompensas debidas únicamente a la ciencia y a la virtud no sean el precio de intriga, del furor o de la sangre. Que se exterminen del Foro aquellas trabas odiosas, aquellas fórmulas arbitrarias, que eternizando los pleytos ofuscan la faz de la justicia, arruinan las familias, exponen los derechos del inocente y hace la desesperación del pobre. Que se refrene al insolente despotismo de los subalternos [...]. Que el ejemplo de los gefes justifique el interés de las leyes que promulgan, siendo los primeros en su observancia. Que se muestren noblemente accesibles a las solicitudes de los pretendientes, recibéndolos con agrado, oyéndolos con interés y pesando en la balanza de la más severa justicia sus reclamaciones o quejas. Que se establezcan escuelas públicas en las ciudades, en los pueblos y en las parroquias, cuyos maestros escrupulosamente probados y bien dotados, instruyan las nacientes generaciones en todos aquellos conocimientos que formen un buen ciudadano. Que, los párrocos llamados al ministerio, no por la voz de un escandaloso partido, sino por su vocación y sus merecimientos, perfeccionen con la religión las nociones de la escuela, enseñando a los niños a ser buenos cristianos. Que la policía destierre de las calles y plazas esa multitud de seres abandonados a la licencia, cuyos principios son un germen de males para la sociedad. Que los Alcaldes de barrio [...] persigan de muerte los juegos ruinosos y clandestinos, que sacrifican de un golpe el sudor de muchas familias y excita las pasiones violentas a confusión y al homicidio [...]. En fin, que se arranquen de la Nación todas las impresiones infectas venidas de Francia y restitúyanse los españoles en su verdadera dignidad, sea general en todos el amor a las Leyes, la santidad de la justicia, el zelo ilustrado en el cumplimiento de los deberes, así religiosos como civiles.

La regeneración es el único medio para conseguir la libertad de España y la de los pueblos de Europa y para frenar el sistema filosófico moderno e impío que, entiende, es el origen de todos los males. Se comprenden los ataques al rey filósofo. Si José repre-

<sup>31</sup> El periódico tenía presente el Real Decreto de la Suprema Junta Central de 26 de octubre que incluía el *Diario de Valencia* (3-XI-1808) en su páginas sobre la corrupción godoyista y los cambios necesarios. El mensaje moralizador y regeneracionista está presente en sermones, pastorales y en las proclamas de las Juntas. España 1808. *Colección de todos los papeles patrióticos publicados en Madrid en los meses de agosto, septiembre, octubre y noviembre de dicho año*, M(anuel) S(áiz-Gómez) C(del Campo).

senta el filosofismo, Fernando la regeneración que defienden las Juntas.<sup>32</sup> La regeneración equilibrada y justa que aboga por el premio al mérito, a la ciencia y a la virtud; por la justicia igual para todos, rápida y eficaz; por el ejemplo de los jefes y la dignidad de los ciudadanos ante los servidores públicos; por la implantación de escuelas en todos los lugares, atendidas por maestros competentes y bien dotados que instruyan a las nuevas generaciones; por la erradicación del vicio y por una mayor autoridad de los alcaldes de barrio. Y que los párrocos cumplan con sus deberes, entre ellos perfeccionar los conocimientos de la escuela en materia religiosa, nunca sustituyéndolos. Era un reto interno con proyección militar.

La guerra constituye un impedimento para llevar acabo determinadas reformas, pero conviene pensar en lo que hay que hacer para cuando llegue el momento, cuando la nación, libre de enemigos, se encuentre consigo misma y pueda conversar en paz. Será el momento de llamar a los más beneméritos, establecer leyes sabias, reformar abusos, promover la educación y la moral pública, fijar la verdadera opinión pública y afianzar la felicidad de todos. Atendamos a esta «opinión pública» que se revela como sujeto activo capaz de juzgar, dictaminar, censurar, criticar, estimar, desestimar, aprobar, desaprobar, etcétera.<sup>33</sup>

Mientras, el gobierno soberano deja en manos de las provincias el modo de instruir a la Nación tanto física como moralmente, apuntando a la religión como armazón social que une, armoniza y obliga al cumplimiento de los deberes:

El público español necesita esencialmente aquella doctrina que constituye buenos ciudadanos y buenos cristianos, de aquella doctrina que le enseña a conocer su origen, su destino y sus relaciones morales y políticas, el valor e importancia de sus presentes sacrificios, el fundamento de sus leyes, la fuerza y extensión de sus deberes y el modo de cumplirlos. De aquella doctrina sólida que corrige y dulcifica la costumbre, consolida y arrayga el imperio de la Religión, y produce la armonía social (*El Observador*, nº VIII).

Con cierto realismo, el diarista defiende la clase humilde y reconoce el papel del pueblo bajo en la lucha contra Napoleón, pero también ve el peligro que ello supone, porque:

Desear que a estos conocimientos se anticipen otros peculiares a cierta clase privilegiada de talentos, y que las profundas teorías de la política y de la legislación ocupen igualmente a los aldeanos, que a los hombres de estado, es querer un desorden siempre funesto en las revoluciones de los Pueblos.

Penetrar las relaciones sociales, combinar los derechos, descubrir las necesidades o intereses de los miembros que la componen, fue siempre prerrogativa concedida únicamente a cierto número de genios sublimes. A éstos solamente toca ofrecer materiales para una constitución, en la qual grandes y pequeños, débiles y fuertes, pobres y ricos, hallen respectivamente su particular ventaja. Háblese pues *de Cortes, de proyectos, de legislación, de reforma, de derecho público y municipal*, y dentro del retrete más reservado de la nación, comunique directamente estas grandes y sublimes ideas a los depositarios de su confianza y de su suerte, y no se crea impru-

<sup>32</sup> La Parra López (2009: 37-54).

<sup>33</sup> Pueden verse Fernández Sebastián (2004: 359) y Sánchez Hita (2008b).

dentemente que el popularizar esta materia pueda ser en caso alguno útil a los Pueblos.<sup>34</sup>

El problema está en el entusiasmo que produce la imagen de la verdad, porque cuando se apodera del alma, cree poder eliminar todo cuanto se opone a ella. El diarista retrata perfectamente los efectos de este entusiasmo que, creemos, identifica con las acciones populares y los desórdenes tan comunes y peligrosos que identificaban con la anarquía: «¡Vano error de un corazón seducido!». Si se refiere al pueblo, como parece, rebaja su papel social y lo pone como comparsa de otros intereses que nada o poco tienen que ver con los suyos. «Todo se arma; las pasiones se irritan, el orgullo amenaza, el interés combate, la envidia despierta, la calumnia buela; entonces la verdad se ahuyenta, y no dexa en el corazón del que la anuncia más que el sentimiento triste y profundo de su imprudencia y de la desgracia de los hombres».

La verdad, por su propio interés, conviene anunciarla «con cordura y discernimiento, a ejemplo de lo que sucede en la naturaleza, cuyos progresos son lentos. Igualmente, la educación social requiere tiempo». Por ello, viene a decir el diarista, las revoluciones conducen a demarrar ríos de sangre, pero no siempre solucionan los problemas.

#### 7. ...Y UNA CONSTITUCIÓN

La Junta Central, legítima y soberana, además de sus trabajos de gobierno, se había trazado el objetivo de establecer una Constitución estable, garantía de la cohesión nacional frente a cualquier disensión. Y a ella se dirige el diarista con un no disimulado entusiasmo, porque «debe consagrar nuestros sacrificios y afianzar nuestros futuros destinos». No puede ser de otra forma, pues «los sabios que componen la Junta [...], nos hacen concebir [...] las más dulces y lisonjeras esperanzas» que se traducen en el deseo de una larga permanencia. El recuerdo del despotismo godoyista, presumiblemente, lleva al diarista a pensar que los cambios políticos y las pasiones humanas generan todo tipo de abusos y trastornan los fundamentos del Estado.

La decisión de la Junta Central de convocar Cortes fue muy bien recibida por la prensa y en concreto por *El Observador*, que se deshacía en elogios por su acierto. Esta medida recordaba el Real Decreto firmado por Fernando en Bayona (6-VI-1808), dirigido al Consejo para convocar Cortes.

La convocatoria de Cortes que acaba de circular la Suprema Junta de Gobierno de España e Indias exalta la imaginación, engrandece el alma y dilata los corazones. Por primera vez admirará el universo el espectáculo más grande que se vio jamás. Una nación entera, rehunida después de año y medio de combates, en medio de una guerra la más desastrosa y cruel que conocieron los siglos, a vista de un Rey intruso y de ciento treinta mil bayonetas del mayor de los tiranos, baxo los auspicios de la concordia y de la paz [...] (*El Observador*, nº XV (I-II-1810)).<sup>35</sup>

El texto recoge tres ideas importantes ligadas entre sí. La convocatoria de las Cortes es una gran noticia porque refuerza la unidad de la nación frente a Napoleón, presentando a los franceses como los tiranos de Europa. El diarista quiere demostrar que éstos no son

<sup>34</sup> Jovellanos en carta a lord Holland: «[...] estas provincias en que el pueblo compuesto de jornaleros, es miserable e indiferente, y sin espíritu de patria, y los ricos tienen todo el egoísmo de la fortuna, ni saben ni quieren defender», en Artola (2005: 330).

<sup>35</sup> La prensa se hacía eco de la buena noticia. La Junta, al fin y al cabo, representaba a Fernando VII.

ni los defensores de los derechos del hombre, ni de la libertad civil, ni los regeneradores de nada, simplemente son los tiranos de Europa y quieren hacer lo mismo en España «país de la libertad, de la religión, del honor y de la virtud» (*El Observador*, nº XVI (15-ii-1810).

Los padres de la patria, encargados de su elaboración, tendrán en cuenta que para que sea duradera han de prever los peligros y para ello nada mejor que mirar al pasado y aprender de sus errores y aciertos, pues: «Los extravíos de la política, así como los del corazón en los hombres y gobiernos que nos precedieron, son una escuela sabia, cuyas lecciones no pueden dexar de ser saludable a los presentes y venideros» Y en ese sentido conviene ser realistas, tener los pies en el suelo y atender a las necesidades cotidianas, porque: «Las vanas teorías, los principios abstractos de una imaginación exaltada, no son para el hombre social, que más razonable que débil en el conocimiento de lo que interesa, sólo cede a la verdad que le convence el juicio y le habla el corazón».<sup>36</sup>

El diarista apuntaba a una Constitución de nuevo cuño, respetada por todos y que no estuviera al albur de políticos aventureros, déspotas descontrolados y enemigos de la sociedad. La convocatoria de Cortes era una «magnífica idea», correspondiente a un pueblo «grande, religioso y libre que sabe adoptar el medio más esplendoroso y seguro de fixar la representación y el voto nacional» para ponerlo a cubierto de todas las influencias siniestras de los perturbadores. España ha aprendido en los últimos veinte años de las experiencias turbulentas de Francia y de quienes la han seducido, corrompido y degradado. España ha conocido las cadenas y el influjo de «de una alma perversa sobre las deliberaciones de la soberanía» como era Godoy, pero también ha sabido mantener el depósito de la verdadera religión y de la sana moral, al contrario que Francia que sacrificó su libertad y la del resto de naciones, poniendo a su frente a un déspota como Napoleón. España, que ha sido capaz de conocer sus perversos pensamientos, lo será también para elegir entre los hombres de bien «aquellos que por sus excelentes qualidades, por sus prendas y atributos le representen con verdad, con sinceridad y con honor». Se entiende que estos padres de la patria no responden a los intereses de las Juntas sino de la Nación.

El día de las Cortes será feliz porque en torno a ellas y a su obra resucitará el Estado y lo afianzará sólidamente. Todos los pueblos de España serán restituidos a la «verdadera libertad social» al poder escoger entre sus ciudadanos aquellos cuyo mérito y virtud les hace más dignos de representarlos. España está llamada a salvar a Europa y a cimentar y regular los derechos del hombre, porque Francia fracasó en ese empeño, queriendo ser la primera en luchar contra el despotismo y restituir al hombre a su primitiva dignidad. Con esa intención derribó el trono de los reyes y proclamó los derechos sagrados de la libertad que, según escribía *El Observador*, «contemplaba en este fenómeno moral la aurora de un nuevo orden de cosas [...], iba a fixar derechos, a regular los deberes, a prescribir las obligaciones de cada individuo con la sociedad y con sus miembros [...]». Aquello falló, por lo que no tiene empacho en defender el sistema borbónico, como en España, defendiendo las figuras de Luis XVI y de María Teresa. Todo cambió para que todo siguiese igual, manteniendo y aumentando el despotismo más atroz.

*El Observador*, consciente de las carencias de la nación, y mientras llegan esas Cortes, aboga por la implantación de un buen sistema educativo público y privado. Sin educación no hay costumbres, sin costumbres no hay leyes válidas y sin éstas reina la anarquía. La educación es fundamental, mientras la ignorancia es el caldo de cultivo del error, de la superstición, del fanatismo, del desorden y de la barbarie. La sociedad debe interesarse

<sup>36</sup> La ilusión del diarista contrasta con la lucha interna de la Junta Central, manifestada en sus actuaciones y en la idea de convocar Cortes con posiciones encontradas en torno a las figuras más sobresalientes como Floridablanca, Jovellanos y Calvo de Rozas. No faltaron reticencias y oposición por parte de algunas Juntas provinciales. Cortes y Constitución levantaban muchas esperanzas, pero también muchos temores. Suárez (1982).

en que las ideas y las pasiones dominantes de todos y de cada uno de sus individuos sean sólo las más eficaces para hacerlos útiles al Estado y verdaderos ciudadanos. Eso sólo lo procura una educación capaz de fortalecer los vínculos que unen a los ciudadanos para crear un sólido cuerpo social y acostumbrarlos a considerarse miembros de un mismo cuerpo, hijos de una misma madre e individuos de una sola familia. En este sentido, urge establecer un buen sistema de educación pública que corrija la existente y contenga la incredulidad que se extiende desde hace medio siglo por toda Europa.

El desarrollo de la guerra en España, tras la paz de Napoleón con Austria, presentaba un nuevo y preocupante rumbo que *El Observador* no podía esconder, aminorando parte de su anterior optimismo. El movimiento de tropas francesas hacia Andalucía, era un mazazo para las aspiraciones españolas. El diarista critica la falta de previsión del ejército español y su negligencia, descuidando lo que parecía el paso infranqueable de Sierra Morena. El rey José entraba en Córdoba el 26 de enero. La nueva situación, aunque preocupante, permitía mantener esperanza en otras regiones. Así La Mancha quedaba abierta a las tropas valencianas y murcianas, algunos puntos de Aragón habían sido abandonados por el enemigo, la indomable Cataluña se mantenía invicta, Asturias y Galicia redoblaban sus defensas y Extremadura se levantaba en masa. Era la visión siempre esperanzada del diarista, no acorde siempre con la realidad.

En medio de esta incierta situación militar, donde realmente ponía su interés el diarista era «en la pronta reunión a Cortes» que el enemigo quiere impedir. Cortes significaba unión y victoria. En su opinión, Bonaparte buscaba la manera de dividir a los españoles y mantenerlos desunidos. Convenía pues amarrar el timón del Estado y permitir la reunión de los diputados en el lugar señalado. Y:

[...] establézcase luego, luego, una constitución acomodada a nuestro estado, al ingenio e índoles de los españoles, al clima, a la naturaleza del terreno, a su situación topográfica, a la extensión de las Colonias, a las necesidades físicas y morales del Pueblo y singularmente al espíritu de la Religión que profesamos, a esta fuerza divina que influyendo más directamente sobre las costumbres, debe ser la primera en llamar la atención de los legisladores.<sup>37</sup> Una constitución que aumente el número de ciudadanos, removiendo funestos obstáculos que lo impiden, a saber: el estado infeliz de nuestra agricultura, el insultante lujo de la corte, la miseria de la campaña, el exceso de opulencia en pocos, la falta de subsistencia en la mayor parte, el corto número de propietarios, la reunión de fondos en pocas manos, el detestable abuso del terreno, la versatilidad e inconsecuencia de las leyes, las insoportables exacciones e impuestos, la incontinencia pública, esa lujuria vagante y destructora de la sociedad, la desenfrenada licencia en los guerreros, la disolución del sexo, la pobreza que comúnmente ocasionan los errores de la jurisprudencia que los protege. Una constitución que generalice la riqueza pública, fomentando la industria, el lujo nacional, la navegación y las artes, medios todos que forman los más sólidos apoyos de la prosperidad de los pueblos, dándoles un ascendiente decidido sobre todas las naciones guerreras. Una constitución que asegure y tranquilice a los ciudadanos, sosteniendo con brazos fuertes la libertad política, poniendo un dique al magistrado, una barrera al poderoso, un freno a los delitos [...]. Una constitución que aliente, proteja y distinga a los talentos, para que consagrados a las funciones de

<sup>37</sup> La *Gazeta de Valencia* escribía: «Constitución y Código: he aquí lo que nos falta. Y vea Vm. aquí los comienzos de la nueva organización. Ahí es una friolera. Ya los tenemos, dirá Vm. dice Vm. muy bien; pero barrenados, carcomidos y que no los conocerá la madre que los parió», (30-IX-1808).

la augusta verdad, osen anunciarla con circunspección a sus ciudadanos y a la patria, pintando a sus ojos los desgraciados que gimen, los delincuentes que prosperan, los vicios que se introducen, los errores que se adoptan, las calamidades que renacen, los crímenes que se cometen, los males que amenazan, el remedio que exigen [...]. Una constitución en fin, noble, sabia, liberal, que haciendo de las Españas un solo cuerpo político, regido por una misma cabeza, y animado de un mismo espíritu nos inspire a todos una confianza igual: nos inspire la dulce seguridad de que el gobierno nunca jamás usurpará nuestros derechos, de que el magistrado destinado a la guardia de las leyes, no abusará de este sagrado depósito para oprimirnos, de que nuestros conciudadanos no alterarán nuestra paz, ni atormentarán nuestra existencia, de que nuestra vida, protegida de las leyes no nos será quitada [...], de que una propiedad adquirida con justo título será una propiedad sostenida con todas las fuerzas de la nación; de que la adquisición de nuevas propiedades, sin violar los derechos ajenos, será una cosa sagrada [...].

Consagrado por las Cortes este augusto monumento de la razón, reunidos todos los españoles de ambos hemisferios baxo este *palladium* de la libertad e independencia, ¿qué vendrán a ser ya los cálculos del tirano? Vanas quimeras, ilusión y error. A pesar de las ventajas momentáneas de sus armas, la España alzaré siempre una frente majestuosa y altiva [...].

Este largo texto nos parecía necesario para entender el punto de vista de *El Observador* respecto a la Constitución que consagra la unidad de todos bajo unas mismas leyes, una patria, una nación, un Estado y una religión. La Constitución, netamente española, se convierte en garantía de progreso económico, de felicidad y de seguridad, que no podía dar Napoleón, según el *Catecismo Civil* de 1808. Ella es capaz de contener al poderoso, defender la libertad política, la propiedad y la seguridad del individuo. Ella consagra los derechos y deberes, contiene al gobierno e impide el abuso sobre los ciudadanos, garantizando sus vidas. En fin, se trata de una Constitución que afecta y une a los españoles de ambos hemisferios, tal como recogerá luego la de 1812, aceptada y consagrada por las Cortes como asamblea general que representa la voluntad de la nación.

El diarista participa del ambiente preconstitucional del momento y recoge, como otros, sus ideas sobre España, sus defectos y la necesidad de una pronta regeneración civil y religiosa. Optimista, apuesta por el futuro político, militar y constitucional, ilusionado —falsa ilusión— con una nación que pueda sentarse entre las más grandes, defensora de la libertad y de la armonía frente a cualquier tiranía interna o externa. Recoge, en fin, y creemos no equivocarnos, contenidos que aparecen en la Constitución de 1812.

#### 8. BIBLIOGRAFÍA:

- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1955), *Obras escogidas*, Madrid, BAE.
- ARTOLA, Miguel (1975), *Los Orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- ARTOLA, Miguel (2005), *La España de Fernando VII*, Barcelona, RBA.
- DUFOUR, Gérard (1989), *Un liberal exaltado: el canónigo Santiago Sedeño y Pastor (1769-1823)*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- (2008), «Le roi philosophe», en Emilio La Parra López (coord.), *Actores de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Mélanges de la Casa de Velázquez, pp. 53-70.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2004), «El imperio de la opinión pública según Álvaro Flórez Estrada», en Joaquín Varela Suances-Carpegna (Coord), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853)*.

- Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias.
- FRASER, Ronald (2006), *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia 1808-1814*, Barcelona, Crítica.
- GÓMEZ ÍMAZ, Manuel (2008), *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia*. Prólogo de Manuel Moreno Alonso, Sevilla, Ediciones Renacimiento.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio (1984), «Antonio Bernabeu: un clérigo constitucional», *Trienio, Ilustración y Liberalismo*, nº 3, pp. 105-131.
- (2009), «L'impossible régénération. La soumission du roi d'Espagne à Napoleon», en Gérard Dufour y Elisabel Larriba (dirs.), *L'Espagne en 1808 : régénération ou révolution ?*, Aix-en-Provence, Publication de l'Université de Provence, pp. 37-54.
- LEÓN NAVARRO, Vicente (2003), *Miguel Cortés y López. La pasión por la libertad (1777-1854)*. Diputado a Cortes y Diputado Provincial, Valencia, Biblioteca Valenciana.
- (2007), «Joaquín Lorenzo Villanueva: el Jano bifronte», en Ramírez Aledón, Germán (Editor), *Valencianos en Cádiz. Joaquín Lorenzo Villanueva y el grupo valenciano en las Cortes de Cádiz*, Biblioteca de las Cortes de Cádiz, Cádiz, Ayuntamiento y Universidad de Cádiz.
- (2008), «La prensa valenciana ante la Guerra del Francés en 1808», *El Argonauta Español*, nº 5, <http://argonauta.imageson.org/document112.html>.
- (2009), «La presse valencienne face à la Guerre contre les Français, 1808», en Gérard Dufour y Elisabel Larriba (dirs.), *L'Espagne en 1808 : régénération ou révolution ?*, Aix-en-Provence, Publication de l'Université de Provence, 2009, pp. 221-249.
- «Papel y poder de la prensa en la Guerra de la Independencia (1808-1809). El caso valenciano», *El Argonauta Español*, nº 7, <http://argonauta.imageson.org/document112.html>.
- (2010), «La élite eclesiástica ante la política. Joaquín Lorenzo Villanueva y Miguel Cortés», en Armando Alberola y Elisabel Larriba (Eds.), *Las élites y la «revolución de España» (1808-1814)*, Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour, Armando Alberola y Elisabel Larriba (Eds.), Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, pp. 257-278.
- PETITEAU, Natalie (2008), «Napoléon et l'Espagne», en Emilio La Parra López (coord.), *Actores de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Mélanges de la Casa de Velázquez, pp. 21 y 23.
- SÁNCHEZ HITA, Beatriz (2008a), *Los periódicos del Cádiz de la Guerra de la Independencia (1808-18014)*. Catálogo comentado, Cádiz, Diputación de Cádiz.
- (2008b), «Cuánto cuesta la opinión pública: precios, densidad y periodicidad de la prensa gaditana (1808-1814)», en Marieta Cantos Casenave, Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer (eds.), *La Guerra de Pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814)*. Tomo III. Sociedad, consumo y vida cotidiana, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- SERRANO Y MORALES, Enrique (2000), *Reseña histórica en forma de diccionarios de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España hasta el año 1868*. Edición facsímil, Valencia, Ajuntament de València.
- SUÁREZ, Federico (1982), *El proceso de convocatoria de Cortes (1808-1810)*, Pamplona, EUNSA.
- VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo (1809), *Instrucción popular en forma de catecismo sobre la presente guerra. La consagra al ejército y al pueblo de España un presbítero*, Sevilla, Imprenta Real.